

Candelaria y el ángel



Candelaria tenía diez años cuando conoció al ángel. Apareció junto al estanco y ella pensó que era un reflejo en el agua oscura y verde, casi estancada, pero un cierto brillo en torno al cuerpo la convenció que era —algo desdibujada— una persona sentada. Había oído tantas historias de aparecidos de la Macacha que, a veces al cruzar el patio, le parecía verlos en filas, o sólo de a uno, especialmente al ensangrentado o al sin cabeza. Así, el ángel le pareció sólo otro más.

Su relación empezó con curiosidad, casi sin miedo, y luego con un amor mutuo que sólo podía explicarse porque él era aquel "ángel de la guarda" que, según su abuela, Dios daba a cada uno al nacer y que sólo al morir desaparecía. Por supuesto sólo lo veía ella; sin embargo los gatos (y vaya que habían muchos, once para ser exactos), se sentían inquietos y el pelo se les paraba a medias cuando él se acercaba.

El ángel no hablaba, ni falta que le hacía: sus pensamientos eran los suyos, y el verlo en movimiento era pura poesía. Podían ponerse de acuerdo casi sin pensar, y desde que el día empezaba, ya estaban planeando algo. Así, si Candelaria comía una tablilla de leche, el ángel también lo saboreaba, y si él se adelantaba, rápido como la luz en una carrera, ella también sentía el gozo de ganarle.

Él era su epicentro; sin él, el resto era descolorido y no tenía importancia: como los miedos en las noches que, como pesadillas en rojo, la despertaban gritando. Éstas se habían arrastrado hacia la nada, dejándole sólo sueños tranquilos. Convertidos en compañeros inseparables, los días se transformaban en cielos completos de aventuras compartidas.

El abuelo a veces la observaba con cara grave, y a la abuela se le había dado por espiarla, porque la Macacha le había dicho que hablaba sola y que a su amiga íntima, la Teresita, la había abandonado. Era observada, pero con tranquilidad, creyendo que la niña, al estar sola con ellos, llenaba esa soledad con alguien imaginario.

Pasaban los meses volando y ya llegaba su tan esperado cumpleaños. Días antes, el segundo patio donde estaba la cocina, se llenaba de olores del horno: clavo, canela, azúcar quemada y qué resultados: masitas dulces, miel espesa como chocolate para picarones y buñuelos, dulce de leche, claro y moreno, para alfajores y pencos, quesos frescos y chaqueños que se traían de la Finca para rollos y empanaditas. Y se abría el libro de recetas de 100 años donde se indicaban los ingredientes, no por peso, sino por su valor en reales. Y la fiambra —oscuro rincón con tela milimétrica donde se enfriaban las cosas— se llenaba con la gelatina de patas, y con la nata de litros de leche para la crema. Haces de leña se apilaban para calentar el horno como se debe y donde —¡qué ilusión!— su torta se convertía en una torre de almendra y merengue.

Qué delicias que la abuela hacía, dirigiendo a sirvientas propias y, por la ocasión, prestadas. El Juan, mayordomo arbitrario con las sirvientas pero atento a las órdenes de la abuela, las correteaba tratándolas de flojas y sin experiencia. Se sacaba el mantel de damasco del ropero, con olor a naftalina, y después de almidonarlo, se lo ponía liso sobre la mesa inmensa del comedor. Y Candelaria trataba de hacer probar al ángel los primeros resultados de la cocina y le susurraba los anhelos que quizás se cumplirían al abrir los regalos.

La abuela, recordando otras fiestas más felices, trataba de forjar una sonrisa en la cara. A veces una mueca o una vuelta de la niña, como un zapazo, le traía la memoria de la

hija muerta por su esposo —cruel y oscuro— que le robó el corazón y lo pasó a degüello, sin un temblor en las manos, dejándola quieta. La cama, donde la encontraron, parecía un barco encallado en un mar de sangre y ella estaba tan blanca que se sumía hacia adentro.

Al abuelo, hombre cachazudo y alegre, le habían quitado su norte y se había vuelto serio. Turnaba sus lecturas en el cuarto oscuro con paseos interminables en el patio, o impestivas escapadas a la finca donde desaparecía por días, para volver sin palabras. Cómo había cambiado el rumbo de sus vidas la partida de esa única hija tan amada, había sacado de ese dolor aplastante, el llanto de la nieta que gritaba por su derecho a la vida, y no les quedó más remedio que criarla.

Hacendados adinerados, lo material no les falló nunca. Candelaria creció creyendo que lo normal era esa casa inmensa con tres patios, llena de escondrijos y cuartos para jugar como el granero, donde montañas de maíz desgranado servían de País Imaginario; o la Bodega, donde el abuelo cataba el vino hecho con uvas de la Finca y donde le hacían probar el moscatel en sorbitos para que la niña se acostumbrara, porque el vino da color a las mejillas y le mejora a uno la cara. Las losas calientes de los patios, donde ella a veces caminaba sin zapatos para poner su huella, y después de los patios, la Huerta con los árboles para trepar, sacar la fruta o hacerse una casita; y el estanque, que siempre está muy frío para bañarse, pero tan rico para echarse en el borde y refrescarse.

También tenía a su Macacha, su ama de leche, que la envolvía con ese amor prestado que no escalimaba. Y, por supuesto, estaban los gatos. Adorados por la abuela, mascotas sin fin porque nunca se mataba una nueva camada, quienes, como las muñecas, servían de protagonistas para sus cuentos. En cambio, el abuelo le había regalado uno de sus perros de caza, demostrando así su amor porque la caza era su afición favorita. Era el "Negro" que, con sus orejas caídas de terciopelo y sus ojos de topacio transparente, parecía llamarla.

El abuelo había prometido sacar el Chelo para tocarlo en su cumpleaños. Candelaria y su abuelo tocarían el piano para los invitados. Eso había sido ensayado; en cambio, sabía que el abuelo había compuesto en secreto una pieza para ella; momento especial aquel en que sacaría el chelo de su funda —bordada con las iniciales de su madre— para dejar de ser un soldado inamovible en el cuarto de música, y convertirse en caja de resonancias y ensueños.

La noche antes de la fiesta, Candelaria paseaba por el patio con el ángel. Ansiosa, daba vueltas a su alrededor con piruetas de bailarina, o en un ple como jugando a la pata coja. El ángel había desplegado las alas que, en la penumbra, brillaban suavemente poniendo reflejos de plata en las plumas. Sabía que tenía que irse a la cama, pero su compañero estaba tan entusiasmado como ella, y dejaba una estela de luz, que le servía de guía para seguir disfrutando de la noche. Mientras, los abuelos en el escritorio en cóncave y de común acuerdo en mucho tiempo, sacaron la pesada cadena repujada en oro de la hija, para ponérsela en el cuello de la nieta al día siguiente. No la habían tocado desde el fatídico día aquel en que la encontraron debajo de la cama, negra de sangre, pero intacta, sin poder explicarse por qué o cómo ella se la había sacado.

El día del cumpleaños amaneció soleado y el ángel,

desde temprano, estaba sentado a los pies de la cama. Candelaria se levantó de un brinco y, tirando de él, fueron corriendo a comenzar. La plancha sobre el olan y el encaje reestrenaba el vestido guardado con amor durante tanto tiempo; y ya la Macacha la envolvía en las capas de la tela casi tiesa que caía en pliegues perfectos. Le habían enjuagado el cabello con el agua de rosas de la abuela, y tenía un brillo suave de azabache y canela.

Ya lista frente a los abuelos, estaba tan radiante que casi se entrevía al ángel hombro a hombro con la niña. Con cuidado y temor (parecía que volvía a ponerla en otro cuello) le abrochaban casi de prisa la cadena. El aldabón no paraba y el zaguán se llenaba de invitados que la niña recibía alegre y el ángel se arremolinaba entre la gente. Qué de cumplidos y felicidades y las viejas fías susurrando a la abuela: qué igual a la madre, parece su espejo.

El salón estaba lleno y en las paredes la música rebotaba entre el piano y la escalera, el sonido del chelo era grave y triste, pero encandilaba a la asistencia. Aplausos, repetición y, después de los juegos en el patio, al comedor. El Juan, ufano en su saco blanco, servía con orgullo, pero de acuerdo a la importancia de la concurrencia. La Macacha encerraba al "Negro" que aullaba y se revolvió, tratando de soltar la cuerda.

Ronco el aldabón al golpear, una figura entró pasando desapercibida, traía la mirada ausente y un limo le cubría los ojos volviéndolos fosforescentes; el ayer lo llevó al salón y luego al patio en fugaz búsqueda de lo que había olvidado. Al acercarse al comedor, hubo un temblor en la abuela que sintió una sacudida en el aire y una vibración de pena.

Candelaria, radiante, esperaba la torta para que ella y el ángel soplaran todas sus velas; y sobre la pesada bandeja de plata, ya iluminada, la traían dos sirvientas poniéndola sobre la mesa. El abuelo pidió silencio para pedir sus deseos. La niña no lo pensó siquiera: su ángel con ella para siempre. Se agachó Candelaria para soplar las velas, y el destino la encontró al levantarse, cuando perdía sus ojos en la mirada ausente que desde el otro lado de la habitación le llegaba fosforescente. Al padre se le revolvió el tiempo y, hechizado con la cadena, revivió los mismos movimientos: sacó con limpieza el cuchillo y lo hizo volar hasta desgarrarle el pecho. Mientras la niña caía con el fierro atravesado, salía del ángel un brillo que la empapaba toda, y al que se adherían sus plumas, como nieve recién caída.

El abuelo alcanzó a cogerla antes de tocar el suelo, y su cabeza rebotó en sus manos suave como un vellón tan cubierta de plumas estaba. De un grito la abuela empezó a bañarla en besos, mientras trataba de quitar lo imposible: el brillo de la muerte la había vuelto pegajosa y se iba convirtiendo en nada.

El "Negro" había dejado de aullar y con las orejas gachas veía pasar corriendo a dos ángeles cogidos de las manos que, entre risas, desaparecían rumbo al estanco.